

*Una ciudad
cualquiera*

*Julián
Mendoza*

*Una ciudad
cualquiera*

*Julián
Mendoza*



Julián Mendoza

UNA CIUDAD CUALQUIERA



Palacios ocultos de luces rojas

Veo esa descarga amarilla, cetrina, en la puerta metálica blanca.

Basura, carros parqueados y negocios cerrados en la noche.

Debajo de todo lo fluorescente se distinguen las trabajadoras sexuales.

Fugaces diligencias se entrecruzan en una tela densa y barata.

Palacios ocultos de luces rojas.

Los cristales

Los cristales de las ventanas están empañados.

Sus marcos metálicos oxidados, roídos por la calle.

Adentro en el oscuro edificio de tenue luz azul muchos se drogan.

Hay personas que de día trabajan en algún escritorio.

Hay menores de edad, trabajadoras sexuales, indigentes, ladrones.

El cielo de la noche a veces es negro, a veces púrpura.

Pared blanca

Hay una pared blanca que separa un parqueadero de la calle.

Está colmada de grafitis y publicidad escupida y devorada por las lluvias.

“Cristo Rey”, “Dios es real”, “Jesús”, cómo la resistencia de la esperanza.

También hay mensajes de amor, mensajes políticos y otros que no tienen sentido.

Se va fragmentando el papel húmedo de la publicidad y su tinta se corre hacia el suelo.

Justo debajo de todo esto, en las pilas de basura, una indigente se droga.

Establecimiento de comida rápida

Al lado del parqueadero hay un establecimiento de comida rápida.

Un pequeño depósito de ajetreos y aceite caliente donde se fritan la carne.

Está casi escondido debajo de una luz azul pálida.

Los perros callejeros devoran las sobras de carne y papa regadas en el suelo.

Los recicladores recogen el cartón, las botellas vacías y alguna hamburguesa a medio comer.

Los indigentes visitan cada pequeño grupo de estudiantes pidiendo dinero.

Trabajadora sexual casi desnuda

Algunos motociclistas pasan al lado de una trabajadora sexual casi desnuda.

Tiene la piel de gallina por el frío y solo la cubre un bikini.

También lleva unas botas de algodón para caminar en el asfalto.

Se nota el contraste entre su piel y el maquillaje que en vano usa para tapar estrías.

Tiene maquillaje en las nalgas para dar la impresión de juventud y piel suave.

Tiene cicatrices y marcas de viejos partos y golpes.

Saluda a los transeúntes.

Las luces de los carros y las motos le alumbran el cabello tinturado de rojo cobrizo.

Asfalto

El asfalto de la calle está fragmentado.

Como la piel de un elefante viejo y lleno de polvo.

Los fuertes destellos de las sirenas de policía alumbran esas congregaciones de mujeres maltratadas en una esquina.

Contrasta el azul y rojo con esos grafitis elaborados en las puertas metálicas enrollables con las que cierran los negocios.

Pasa la gente normal ignorando a las trabajadoras sexuales y sus encuentros con la policía, por respeto tanto a la autoridad como por esas mujeres.

Antro

Hay un antro de una profunda luz azul y con varias entradas, accesible a todos.

Su exterior es un mosaico de baldosas brillantes, como una bailarina con lentejuelas.

Afuera, apeñuscados, están las trabajadoras sexuales, los vendedores ambulantes, los que quieren entrar al antro, algunos estudiantes fumando y los encargados de la seguridad.

Comparte la misma pared una serie de edificios de ladrillos mal contruidos.

Se extienden al lado del antro con sus excesos de cables eléctricos, sus ventanas rotas y solitarias y con su interior negro totalmente ausente.

Alumbrado público

El alumbrado público está colmado de cables y desorden.

Es una jungla con miles de enredaderas y electricidad.

Los edificios, no tan bien contruidos, tienen fachadas de distintos colores.

Estas brillan con desiguales luces azules, amarillas, blancas.

Edificios verdes, negros, grises con grafitis y publicidad arrastrada por la lluvia.

Basura en las calles, exceso de motociclistas y taxis y carros polarizados parqueados.

Indigentes abren las bolsas de basura buscando algo de valor o comida.

En la multitud

En la multitud se ven los proxenetas y sus posibles clientes.

Hay extranjeros rubios y altos que vinieron de muy lejos.

Hay gente local con identidades muy bien ocultas que se mezclan en un mar de raza ambigua.

Hay gente que mira lo poco que muestran las trabajadoras sexuales como una victoria, como quien obtiene algo de valor gratis.

Hay una muchacha joven de algún pueblo o ciudad pequeña, enseña lo suficiente para que un grupo de borrachos le ofrezcan un *shot* de aguardiente.

Vacío, ladrillos y concreto

Una parte de la calle no es más que vacío, ladrillos y concreto.

Un gris con las tonalidades de las luces cercanas.

Hay dos mujeres paradas mirando, quietas, a la espera.

Una tiene cabello negro, chaqueta negra, minifalda negra, tacones negros.

Otra tiene el cabello, su gargantilla, su minifalda y sus tacones de un color rojo metálico.

Muestran vientres inflamados por la mala dieta, el alcohol, el cigarrillo.

Vientres con marcas de nacimientos inoportunos.

Piernas con moretones de caídas y rodillas raspadas por el asfalto.

Cruza la calle con calma

Una trabajadora sexual cruza la calle con calma, esquivando motos y carros.

Viste un traje de baño y unas típicas botas de algodón.

Carga un bolso, de esos que parecen finos, son imitaciones de la calle.

Se agacha y orina en una esquina oscura de un terreno baldío.

Una esquina con pasto salvaje, de un lote descuidado hace años.

Se ve ahí un carro destrozado y sin llantas, motos parqueadas y ventanas rotas.

Al lado de este lote hay una casa de construcción improvisada.

Ladrillos y cemento, techados metálicos, ropa colgada para secar en plena noche y una radio que suena con música salsa en algún lugar de la oscuridad.

El borde de la vía peatonal

Una trabajadora sexual está en el borde de la vía peatonal.

Roza con las puertas de los taxis y las piernas de los motociclistas.

Muestra gran parte de sus pechos, a penas cubiertos con un sostén diminuto.

En su cara se notan dos colores, su piel natural morena, y el esclarecido por maquillaje.

Sostiene en sus manos un bolso de cuero sintético blanco con piezas doradas.

Tienen unas uñas rojas larguísimas y se le nota ese reloj de diamantes falsos.

Tiene una cintura bastante pronunciada, casi perfecta.

El grosor de sus piernas evidencia el uso de alguna faja escondida para lograr tal figura.

El billar

Se juntan muchos estudiantes, obreros y todo tipo de gentes en el billar.

Con sus botellas de cerveza, sus cigarrillos, sus peinados puntiagudos y engomados.

Una amalgama de púas negras y humo, acentos, risas, bullicio y embriaguez.

Están los que venden droga, los que ofrecen servicios sexuales, los que promocionan algún club de striptease.

También están las estudiantes jóvenes, las que se dejan arrastrar por lo ordinario.

Hombres ebrios de otros grupos las intentan cortejar, hombres mayores, mayoritariamente casados.

Alrededor, esparcidos por el barrio, están los famosos moteles de luces rojas.

Vendedor ambulante

Dentro del tumulto callejero está un vendedor ambulante sentado.

Tiene una de esas sillas de plástico blanco hechas de una sola pieza.

Lleva múltiples prendas para aguantar el frío, con un termo lleno de café negro.

Vende cigarrillos sueltos, papas fritas, dulces y demás.

Se habla de tanto en tanto con los proxenetas, la policía, las trabajadoras sexuales.

Sirve de anfitrión a esas discusiones entre estudiantes quienes se toman un receso de la noche con un cigarrillo en la calle fría.

Resiste la noche también con un poco de aguardiente que otros vendedores empiezan a ofrecer.

Mestizas

En plena calle se ve un grupo de trabajadoras sexuales que en algún tiempo fueron hombres.

Tienen una musculatura natural y sin esfuerzo, como si el haber sido hombres las hubiera dotado de atletismo por defecto.

Mestizas, con exceso de maquillaje, con un rastro gris ligero donde crece la barda en sus mandíbulas cuadradas y fuertes.

Tienen cabello negro, largo y liso hasta la cintura.

Una está vestida en lencería y su piel se tersa en el frío de la calle.

Miran con diversión a quienes se asustan con su presencia.

Anciano con cuerpo todavía fuerte

Tiene esas manos gruesas que se forman del trabajo manual, las quemaduras del sol y el consumo de alcohol constante.

Pasa por la calle este hombre, un anciano con cuerpo todavía fuerte.

Ingenuo, a la vez experimentado, como quien es un joven embotellado en la vejez, de cabellos grises y ropa común, como quien quiere eludir toda mirada.

Pasa al lado de una trabajadora sexual que tiene una minifalda tan pequeña que muestra la mitad de sus nalgas.

Pasa el jovenanciano y pregunta por los servicios sexuales.

Copa de plástico

Una de las trabajadoras sexuales bebe de una copa de plástico transparente.

La otra directamente de una botella de wiski que se rota con sus fans callejeros.

Hay en el asfalto colillas de cigarrillos y vasos de plásticos con marcas de lápiz labial.

Estas trabajadoras sexuales ya muestran su vejez, su carga longeva de penas.

Con celulitis en las piernas, rasguños en los brazos, se tambalean mientras caminan lento.

Hablan, beben, debajo de la luz verde y roja de un bar sin muchos clientes.

Edificio de ladrillos rojos

En un rincón hay un edificio de ladrillos rojos.

Se está quebrando y torciendo como un trozo de hielo que va sucumbiendo al verano.

Tiene un letrero en su entrada protegida por un celador, o al menos eso se quiere aparentar.

Dice “La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días” y al lado tiene un grafiti gigantesco, casi como una ironía, que dice “SOS”.

Alrededor hay cámaras de seguridad que no funcionan, que instalan para hacer dudar a cualquier ladrón que piense en meterse en el edificio.

Llama la atención

Una trabajadora sexual llama la atención.

Es bella de rostro, joven, el cabello pintado de rojizo, cejas pintadas y maquillaje.

Es delgada, desnutrida, con minifalda, sostén y guantes de cuero sintético negros.

Pasa e ignora la multitud, como si estuviera reservada para alguien importante.

Tiene un extraño collar largo, que es de hecho una cadena plateada con un pendiente de un delfín dorado.

Camina al lado de uno de esos lotes descuidados, llenos de pasto gigante y ratas, que están entre edificaciones mal construidas, como si nada la pudiera tocar.

Carreta

En un lado de la calle está parqueada una carreta de reciclador.

Parece abandonada, entre pilas y pilas de basura.

La carreta tiene sábanas, botellas y los objetos recogidos para reciclar.

Es como un hogar móvil improvisado.

Tiene una manta de plástico, como un impermeable gigante para protegerse de las lluvias.

Tiene trozos grandes de maderos húmedos, recogidos de la calle, que colocados torpemente en la carreta empiezan a salirse y a golpear el piso.

Ahí está, sola, en la piel quebradiza de este elefante gigante de asfalto y negligencia.

Botas de vaquero

En un andén una trabajadora sexual de pie, esperando.

Por la oscuridad no se ve bien si es un hombre, pues su musculatura sobresale.

Tiene unas largas botas de vaquero que le llegan hasta la rodilla.

Tiene una minifalda blanca y un traje sin mangas que expone sus brazos gruesos.

Está hablando con una niña indigente bastante joven de facciones muy delicadas.

Llega a la escena una amiga, otra trabajadora sexual de rasgos no muy agradados.

Ven a los recicladores, a las multitudes, a los carros que se van parqueando cerca.

Basura

En la calle hay dos canecas de basura, una dice “reciclable” y la otra “no reciclable”.

En el piso, al lado de las canecas, hay un reguero de cosas, entre ellas, una frazada morada de algún infante.

Hay juguetes: piezas de rompecabezas, un globo verde roto y demás objetos de plástico que no valen la pena ser descritos.

Es como el rastro de alguna pelea familiar, tal vez de una familia de recicladores, o de aquellos desplazados que caminan de manera nómada por la ciudad pidiendo ayuda.

O tal vez fue un indigente que abrió algún kit regalo para algún bebé que luego fue desechado en la basura y al ver que no había comida lo arrojó todo al suelo.

Grafitis

Tres trabajadoras sexuales están paradas sobre una pared repleta de grafitis coloridos.

Sus vestidos se mimetizan con los gráficos de la pared.

Una tiene un pantalón ajustado de cuero sintético rojo y unas extensiones de cabello que le llegan hasta las nalgas.

Otra tiene un traje de lencería y fuma, habla con dos indigentes que le piden marihuana.

Otra tiene una falda naranja bastante larga para los estándares de la calle, es lo que más sobresale en esa pared de ladrillos con grafitis.

No tendrá más de 18 años y es bastante apetecida.

Clases de dibujo y pintura artística

Hay un edificio residencial que se hunde, se cae por su vejez.

Tiene pintura blanca, un acabado texturizado, grietas y su nomenclatura en una de sus esquinas.

También tiene un letrero que dice “no parquear motos”.

En una de las ventanas hay un letrero colocado desde adentro que dice “clases de dibujo y pintura artística”.

Al lado del letrero hay dos cuadros en exposición, dos cuadros pequeños hechos en óleos.

Un cuadro parece mostrar una iglesia colonial ubicada en la cima de una colina desértica.

El otro cuadro parece mostrar un terreno árido con gallinas y en el fondo una gran montaña con nieve.

Solo la montaña y el fondo están coloreados con pinceladas de óleos aguados con aceite de linaza.

El fondo es de color aguamarina mezclado con un azul claro, confunde al espectador sobre si es un terreo desértico o ártico (con gallinas).

Rubia

En una esquina hay un grupo pequeño de trabajadoras sexuales.

Entre ellas hay una rubia.

Es un hombre de facciones fuertes y una nariz aguileña.

Tiene una larga peluca rubia que le llega hasta los codos.

Tiene maquillaje en el rostro para aclarar su verdadero color de piel que es más bien oscuro.

Tiene una falda larga que le cubre la musculatura de sus piernas y un abrigo ajustado que también le esconden los brazos.

Tiene un bolso simulación de fino que usa para actuar de manera sofisticada, como una rubia digna del buen trato de un hombre adinerado.

Rastro

En la esquina de un edificio residencial quedó el rastro de un indigente.

Es una masa de desechos y maldiciones, delirios, frío y psicosis.

Entre la basura que él dejó atrás hay varias botellas de esas bebidas hidratantes para enfermos de algún malestar intestinal.

Son de un plástico blanquecino transparente, opaco, de tapa roja.

Tienen la forma como de un pequeño bunker alargado, diseñado torpemente para adaptarse a las manos del que bebe.

Hay trozos de mango dulce a medio comer tirados en el piso invadidos de moscas y otros insectos.

Al lado hay un montón de bolsas plásticas blancas de supermercado llenas de papel higiénico usado.

Pequeño motel

Hay un pequeño motel casi escondido entre dos edificios de oficinas mal contruidos.

Parece que se estuviera torciendo con el tiempo, junto a la calle, que se quiebra como si sufriera de piel cortada por el frío.

Aparte de su entrada, tiene una reja de protección, que le da un aspecto similar al de una cárcel.

Ahí entran y salen trabajadoras sexuales de todo tipo, con todo tipo de clientes, además de personas que no tienen donde más hacer sus tríos y orgías.

En la entrada del motel hay una anfitriona.

Viste una larga bata de baño púrpura que le cubre todo el cuerpo, excepto sus dos grandes y perfectamente redondeados senos.

Estos muestran venas azules y verdes en su pálido pecho compacto, como a punto de reventar.

Tienda llena de obreros

Hay una tienda llena de obreros que terminan su jornada y beben cerveza.

Miran a las trabajadoras sexuales que entran al establecimiento para pedir el baño.

Algunos se jactan de la atención que estas les dan, otros se burlan entre ellos por las trabajadoras sexuales que son hombres y los miran.

En la entrada de la tienda hay unos letreros mal pegados, escritos a mano en cartulina.

Uno dice “cocteles, mojitos, cuba libre, sexo en la playa”.

Otro dice “hamburguesa sencilla + cerveza = \$11.000”.

Otro dice “alitas BBQ a \$9.000, salchichas con papas a \$7.000”.

También hay un poster de publicidad de una marca popular de cerveza nacional que habla del sabor fuerte de una de sus cervezas y dice de su sabor “amarga, como nosotros, como la vida misma”.

Las perfectas

De repente salen a la calle, como si la calle fuera su vitrina.

Esas trabajadoras sexuales caras, las perfectas, las dignas de algún extranjero adinerado que está de visita.

Tienen piernas largas, piel clara y tacones plateados, blancos y negros.

Tienen cabello negro, liso y brillante que les llega hasta la cintura.

Tienen todas unas minifaldas tan cortas que les deja ver sus nalgas perfectamente redondas, nalgas maquilladas para tapar la celulitis y otras imperfecciones.

Tienen pantis negros y rojos tan delgados que muestran que están totalmente depiladas.

Todas tienen la misma pequeña nariz puntiaguda tallada por la rinoplastia, los mismos labios rellenos carmesí y bolsos simulación de finos con cadenas doradas.

Ignoran a los obreros ebrios que pasan ofreciéndoles licor.

Coloso dormido

Lejos en la oscuridad se ve la silueta de un edificio grande.

Abandonado, roto, como el ocaso de algún coloso dormido o de alguna empresa que naufragó por la deuda.

Está hecho de ladrillos rojos mugrientos, manchados, como si hubiera salido de un incendio.

Se ven ventanales rotos o sin ventanas en lo absoluto, techos de teja metálica, pedazos de *drywall* caídos o a punto de colapsar, desechos de gente que pasó noches ahí escondidos del mundo.

En una de las habitaciones hay un cúmulo de pupitres atiborrados, apilados como si alguien los hubiera juntado para crear una fortaleza o tal vez una bola de madera y hierro para una futura hoguera, una futura ofrenda a un ser místico.

Se ven muchas cajas de cartón apiladas, mojadas por la lluvia que entra por donde debería haber ventanas.

Los precios

En un lugar de la calle un sujeto mayor habla con una trabajadora sexual.

Hablan de los precios, de los servicios y las locaciones disponibles.

La trabajadora sexual es una mujer corpulenta, con un traje pequeño de minifalda de una sola pieza.

El traje está tan apretado que se le marca la forma de su vientre y ombligo.

La minifalda, muy como la de las otras, es tan pequeña que le deja ver sus nalgas maquilladas.

Debajo de su traje blanco tiene un bikini rojo, pensado para lucir sexy tan pronto se quite el traje.

Tiene el cabello negro recogido para evitar que el viento lo estrelle en su cara.

Tiene unas medias delgadas blancas que le llegan hasta la rodilla, que le dan una apariencia torpe de colegiala o porrista sexy.

Tiene una cartera pequeña blanca de corredera dorada donde guarda el dinero y la marijuana.

Edad desconocida

Deambula una indigente de edad desconocida.

Tiene un cuerpo como de niña pequeña.

Su rostro son arrugas y mugre.

Tiene un saco deportivo ajustado de una marca desconocida, pues el logotipo está casi borrado por el desgaste.

Esconde debajo de su gorra blanca una cabellera abundante, desordenada y con partes pegadas, como macizas, por la suciedad.

Con su manga esconde sus manos y brazos, que están llenas de punzadas, picadas de insectos y parásitos y de cicatrices.

Tiene unos pantalones de jean completamente desgastados y grises por el exceso de uso.

Va recorriendo la calle hablando con cualquiera, gritando incongruencias, pidiendo licor y monedas a las trabajadoras sexuales y a los obreros.

Entre la calle y la avenida

Hay un edificio entre la calle y la avenida, destruido, abandonado.

Su revestimiento de ladrillo rojo está caído en varias partes y se le ve su piel original de cemento.

Lo que alguna vez fueron entradas para establecimientos de comercio están ahora selladas y tapadas por rejillas metálicas, candados, ladrillos caídos, fragmentos de vidrio, desechos humanos, bolsas de basura e indigentes durmiendo en costales rellenos de algo.

Dentro de lo que eran las ventanas se ven rejas de metal, puestas en el pasado para evitar que delincuentes entraran al edificio a robar.

El poco vidrio que queda en las ventanas está opaco por la suciedad.

Al frente del edificio hay una maraña de cables del alumbrado público, postes de luz que se tuercen y que dejan caer los cables peligrosamente casi a la altura de los transeúntes.

Azul metálico

En una parte de la calle hay una trabajadora sexual con sobrepeso apoyada en la puerta de metal de lo que parece ser un motel.

Es un edificio pequeño, apeñuscado entre dos edificios de oficinas.

Tiene ventanas polarizadas, de esas que reflejan todo y no permiten ver lo que sucede adentro.

La trabajadora sexual tiene un traje de una sola pieza de una tela sintética de azul metálico que le queda bastante apretado.

Los pies se le salen de sus tacones.

Tacones de plataforma negros que le quedan muy pequeños y que le hacen caminar de manera torpe e incómoda.

Tiene la cara, los brazos y las piernas maquilladas para dar una apariencia de “suavidad” a su piel.

Apoyada en esa puerta, saca una pequeña edición del Nuevo Testamento y lee mientras espera algo.

Vendedora de tinto y aromática

Entre la calle camina una señora ya de edad.

Es una vendedora ambulante de tinto y aromática.

Tiene una gorra azul gastada, unas gafas de marco grueso café, cabello bastante corto y gris.

Lleva consigo un pequeño carrito metálico donde coloca los termos llenos de tinto y aromática hirviendo.

Vende las bebidas día y noche.

Usa una cangurera en donde tiene dos bolsas, una con billetes y monedas para dar cambio y la otra para colocar el dinero que recibe por las bebidas.

Usa pantalones y zapatos deportivos para la comodidad y un buzo grueso de colores, ya gastados, para el frío de la noche.

Saca de los termos rojos y blanco de plástico las bebidas que va a servir y las vende en vasos de plástico pequeño que le queman los dedos a los que la compran.

No tienen protección y el plástico es muy delgado.

Silla enteramente de plástico

Hay un lugar particular casi secreto entre la muchedumbre.

Es un parqueadero donde deambulan tres trabajadoras sexuales.

Una de ellas se difumina en la oscuridad a lo lejos.

Las otras dos esperan en la entrada.

Una de ellas está sentada en una silla enteramente de plástico blanco opaco por el exceso de uso.

Uno de los brazos de la silla está roto, hace que esté un poco incómoda.

La otra trabajadora sexual no tiene más de 16 años y está parada entre la caja registradora del parqueadero y el baño para los clientes.

Tiene ropa normal, como de estudiante, un jean largo y una camiseta negra, aunque el maquillaje en su rostro, su buena figura y sus tacones rojos la delatan.

Ebrio

Un indigente se pasea por la calle ebrio.

Grita y trata de hablar con los estudiantes.

Tiene la cara mugrienta, el cabello bastante corto y gris, un abrigo grueso azul desteñido y unos pantalones de jean que parecen ser nuevos, pues no están gastados.

Sus zapatos están rotos y en uno de ellos se le puede ver un pie.

Bebe de una lata de cerveza de una marca nacional popular.

Sus manos son gruesas, no de fuerza, sino más bien hinchadas por el sol, por agarrar lo que pueda, rojas, mugrientas con las uñas oscuras, como si pudiera agarrar con ellas la calle misma.

Se acerca a las mujeres de los grupos de estudiantes, cumplimentándolas por su apariencia, sin ser necesariamente obsceno, más sí un poco molesto, pues hace que los estudiantes tengan que moverse de lugar.

Calle solitaria y fría

Cerca del desorden hay una calle solitaria y fría.

El alumbrado público ilumina todo con luces amarillas pálidas.

En el piso hay pequeños brillos de cristales rotos en esa arena urbana que se desprende de todo tipo de materiales.

En la calle hay grietas extensas, huecos que dejan ver las capas de suelo debajo del asfalto y muchas otras deformidades fruto de la negligencia.

Hay una alcantarilla sin tapa.

Fue robada.

Tiene unas tablas encima para evitar que los transeúntes se caigan por el hueco.

Se ven los charcos, las botellas rotas, la basura regada por ahí.

A lo lejos la luna escondida torpemente entre nubes púrpuras.

Vestido drapeado

Al lado de un poste de luz se pasea una trabajadora sexual anoréxica.

Parece que ella es un hombre.

Tiene sus facciones fuertes y extremadamente delgadas, debilitadas por la desnutrición.

Tiene piel morena, pómulos pronunciados, nariz pequeña y cabello largo rubio con raíces negras.

Tiene un vestido drapeado de una sola pieza púrpura y la falda le llega hasta los muslos por encima de las rodillas.

Se protege con un abrigo de jean, está soportando frío, sus delgadas piernas depiladas están con la piel de gallina.

Tiene unos zapatos deportivos de colores blanco y rosado y carga con un pequeño bolso plateado de correderas doradas.

Luces apagadas

Hay un edificio residencial con todas sus luces apagadas.

Es el edificio que durante el día se llena de palomas.

Es un edificio pequeño, de tres pisos, viejo, con pintura externa blanca que se llena de rastros oscuros por las lluvias y el tiempo.

Alrededor del mediodía se pueden ver cientos de palomas posadas en sus balcones esperando a que alguien tire restos de comida en la calle.

Son tantas palomas posadas que a veces tapan los letreros de las ventanas que dicen “se arrienda”.

En la noche, el edificio es como una masa negra llena de aves durmientes.

A veces pasa alguien y deja su marca de grafiti en la puerta de metal o en una de sus paredes blancas.

Pedazo de mueble

Durante la noche muchos indigentes pasan y se recuestan en los restos de un mueble.

Es un pedazo de mueble acolchado ya sin patas ni nada más.

Tal vez servía en la recepción de alguna oficina o algún consultorio médico.

La cobertura está rota, mugrienta, solía ser blanca y ahora es de un gris oscuro.

Se ve la espuma de relleno, también rota, mordida por las ratas y las palomas, negra de la suciedad.

Allí se recuestan indigentes que vagan todo el día por la zona.

Algunos duermen por unos minutos ahí, arropados entre sus propias vestimentas gastadas.

Sacan los brazos de las mangas de sus sudaderas con capucha para colocarlos sobre su pecho y calentarse.

Colocan sus cabezas encapuchadas sobre el espaldar, adaptan la postura de su cuerpo a la forma del mueble tirado en el suelo.

Amarres y encantamientos

Hay un poste de luz con avisos rasgados y diluidos por las lluvias.

Publicidades de clases de inglés, clases de salsa, amarres y encantamientos para parejas del mismo sexo con la ayuda del Arcángel San Miguel.

Al frente hay un aviso de metal de “prohibido parquear”.

Entre el poste de luz y el aviso hay un reguero de latas de cerveza arrugadas por algún puño que las bebió y las tiró al suelo.

Hay un montón de colillas de cigarrillo y una botella pequeña de aguardiente vacía, como si un grupo de personas hubiera tomado antes de entrar a algún club de striptease.

Dentro de las latas se resguardan mosquitos y otros insectos voladores.

Esa pequeña porción de calle se convierte en el cenicero de los que salen de los antros por un *break* de cigarrillo.

Lenguaje

Una trabajadora sexual está parada en la calle y habla con un reciclador.

Hablan como si se entendieran muy bien.

Están bastante cerca el uno del otro, da impresión de que quieren estar juntos.

La trabajadora sexual tiene un cuerpo más bien robusto, pero de rostro delicado, tiene el cabello alisado con espirales al final.

Tiene una minifalda colorida y mira a los transeúntes con hostilidad, como queriendo ahuyentarlos, pero entiende que así no conseguirá clientes.

El reciclador es alto y muy delgado, con la camiseta de un equipo de fútbol.

Quita la mirada de los posibles clientes de su compañera, tal vez para evitar (o mitigar) los celos.

Pequeña multitud

En una esquina, en el primer piso de un edificio grande y viejo, hay una cigarrería.

Al lado hay lo que durante el día es una panadería, ahora está cerrada.

Tiene una reja blanca de metal para proteger a los empleados de cualquier posible ladrón.

Siempre que alguien compra algo tiene que entregar el dinero entre la reja y así mismo recibir lo que haya comprado.

Hay una pequeña multitud de personas en la entrada de la cigarrería esperando a comprar botellas de licor, cigarrillos y comida para la noche.

Parece un negocio familiar, hay dos jóvenes atendiendo, una niña entreteniéndose con un computador al lado del mostrador y una pareja ya mayor supervisando el manejo de dinero.

Dos trenzas largas

Hay una trabajadora sexual parada en el andén.

Mira a su derecha como mirando algo lejos, pero está esquivando las miradas de los transeúntes, como si le molestaran los que la miran con curiosidad.

Tiene dos trenzas largas y una camisa blanca ajustada que revela que no tiene sostén.

Tiene una minifalda y unos zapatos deportivos totalmente blancos.

Sus piernas son fuertes, gruesas de tanto estar parada y caminar.

Empieza a hablar de manera dulce con una anciana vendedora que le ofrece un café gratis, como quien busca cuidarla o mostrarle una extraña compasión materna.

Extremadamente delgado

Hay un indigente que camina lento, drogado, tambaleándose.

Extremadamente delgado, tanto que los huesos de los hombros se pronuncian dentro del abrigo manchado y sucio que lleva puesto para protegerse del frío.

Es de piel oscura, pero sus manos son casi grises, del exceso de polvo, suelo, basura y cenizas.

Es tan delgado que sus pantalones cuelgan como si no tuviera piernas, como si flotara en el aire.

Tiene barba y cabellos negros, espeso y pegajoso de la suciedad, que no se mueve con el viento.

Camina tambaleándose y prende un cigarrillo que algún estudiante le dio en la entrada de un antro.

Se busca

En la ciudad hay puestos de venta fijos.

Cuando los vendedores no están, estos puestos están cerrados con candado.

Cuando están cerrados, parecen cilindros metálicos en mitad de la calle.

Alguien pegó un letrero en uno de estos puestos.

La foto de un criminal que se busca.

“Se busca, alias el chino, jefe de la pandilla...” y no se alcanza a leer más, el letrero está rasgado.

Se ve en la foto un sujeto rapado por los lados con una cresta de *dreadlocks* y un tatuaje de una mujer en el pecho.

Se ve la recompensa: “\$100.700.000.00 - cien mil setecientos millones de pesos”.

Después se ven los canales en donde la gente lo puede reportar.

Se arrienda

Hay un local vacío que se arrienda.

Está mal cuidado y echado a perder.

Tiene solo una ventana con el cristal roto de un pedrazo.

Adentro está todo destruido.

El techo se cae y los cables cuelgan.

Hay restos de desechos humanos adentro y una invasión de moscas.

En el poco cristal que quedó de la ventana hay un grafiti.

Son unas letras de color morado claro que dicen "Y si no es Dios, ¿quién?"

Tigre

La gente que pasa esquiva una baldosa grande de concreto.

Alguien dibujó un tigre con tizas pastel.

Se ven los detalles del tigre.

La gente pasa y admira la obra por unos segundos para seguir su camino a los antros.

Al lado de la imagen está el contacto de redes sociales del artista, lo más probable es que sea un artista callejero inmigrante.

Algunos vendedores se acuerdan de haber visto al artista alrededor del mediodía.

Bastante delgado, con ropas gastadas, dibuja en compañía de un niño, tal vez su hijo, pidiendo monedas a los que pasan cerca de él.

Claroscuro

Hay un edificio abandonado totalmente en las ruinas.

Su presencia es disimulada por la oscuridad y por árboles que están en la zona.

A veces cuando un carro pasa, o la policía o una ambulancia, se ilumina un poco, como si fuera un cuadro en claroscuro del abandono mismo.

Donde había una ventana, de lo que tal vez era un establecimiento de comercio, ahora está lleno de ladrillos grises y una reja metálica, para asegurarse que nadie entre.

Las ventanas de los pisos segundo y tercero están llenas de grafitis informes, algunos hechos desde adentro, con otros más profesionales, probablemente hechos por artistas que tomaron ventaja de la poca vigilancia del edificio.

Otras ventanas están rotas por pedrazos y se ven como cuchillos de cristal que pueden caer a la calle en cualquier momento.

Ladrón pillado

Hay una gran pared blanca de un edificio de restaurante y oficinas.

Hay un grafiti gigantesco que son unas letras grandes coloreadas en verdes y púrpuras.

Ahí hay un letrero rasgado que dice “ladrón pillado robando, ladrón linchado”, abajo dice “tolerancia cero”.

Aparecen a modo de ilustración dos personas, una de ellas golpeando a otra, el presunto ladrón.

Al lado hay otro aviso que dice “recupere recuerdos”, que promueve servicios de conversión de cintas VHS a formato digital.

JULIÁN MENDOZA



Nació en Cartagena (Colombia) el 7 de enero de 1989. Graduado de Diseño Industrial de la Pontificia Universidad Javeriana actualmente se desempeña como docente de lenguas. Sus textos buscan construir un puente entre el lenguaje y el mundo surrealista de un escritor; un intento de plasmar en papel las mil vidas de un artista.

Índice

Palacios ocultos de luces rojas.....	2
Los cristales	3
Pared blanca.....	4
Establecimiento de comida rápida.....	5
Trabajadora sexual casi desnuda.....	6
Asfalto	7
Antro.....	8
Alumbrado público	9
En la multitud	10
Vacío, ladrillos y concreto.....	11
Cruza la calle con calma.....	12
El borde de la vía peatonal	13
El billar.....	14
Vendedor ambulante	15
Mestizas.....	16
Anciano con cuerpo todavía fuerte	17

Copa de plástico	18
Edificio de ladrillos rojos	19
Llama la atención.....	20
Carreta	21
Botas de vaquero.....	22
Basura	23
Grafitis.....	24
Clases de dibujo y pintura artística.....	25
Rubia.....	26
Rastro	27
Pequeño motel.....	28
Tienda llena de obreros	29
Las perfectas.....	30
Coloso dormido	31
Los precios	32
Edad desconocida.....	33
Entre la calle y la avenida	34
Azul metálico.....	35
Vendedora de tinto y aromática.....	36

Silla enteramente de plástico	37
Ebrio	38
Calle solitaria y fría.....	39
Vestido drapeado	40
Luces apagadas.....	41
Pedazo de mueble	42
Amarres y encantamientos	43
Lenguaje.....	44
Pequeña multitud.....	45
Dos trenzas largas.....	46
Extremadamente delgado.....	47
Se busca.....	48
Se arrienda.....	49
Tigre.....	50
Claroscuro	51
Ladrón pillado.....	52
Julián Mendoza.....	53



Título: Una ciudad cualquiera.

Autor: Julián Mendoza.

Edición digital Hoja en Blanco: febrero, 2022.

Diseño de portada: Andrés Felipe Mendoza Vélez.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY-NC-ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

